¿Objetivos del Milenio? Un punto de partida

Los jefes de gobierno y estado de todo el mundo acordaron en el año 2000 en la Sede de las Naciones Unidas en Nueva York una *Declaración del Milenio,* que contemplaba 8 objetivos con metas, según ellos alcanzables, para el 2015. Los objetivos van desde la reducción a la mitad de la extrema pobreza, hasta la detención de la propagación del VIH/SIDA y la consecución de la enseñanza primaria universal. Más concretamente, los objetivos son:

Erradicar la pobreza extrema y el hambre.

Lograr la educación primaria universal.

Promover la igualdad de género y la autonomía de la mujer.

Reducir la mortalidad infantil.

Mejorar la salud materna.

Combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades.

Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente.

Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

Por supuesto, para la consecución de estos objetivos se trazaron metas plausibles de lograr durante estos años y cuyos avances se irían evaluando permanentemente. Ha pasado más de la mitad del plazo que los dirigentes del mundo se habían puesto y todas las evaluaciones, a pesar de reconocer algunos logros, abundan en la convicción de que no se van a lograr tales metas e incluso que en algunos casos, “estamos peor que cuando empezamos”. Basta comprobar en los informes de los medios de comunicación y de los organismos especializados esta realidad para que nos inunde el pesimismo.

Por si esto fuera poco, en los últimos meses, con el estallido de la crisis financiera, y luego de la crisis económica, prácticamente todos han replegado velas y reorientado sus prioridades: asegurarse primero el propio bienestar para luego, de lo que sobre, limosnear estas necesidades.

Entre puñaladas y vendas

Uno puede preguntarse: ¿eran tan ingenuos los dirigentes del mundo como para trazarse objetivos que luego no podrían cumplir o se trata del cinismo de hacer declaraciones que quedan bien, sabiendo de antemano que no se van a jugar por ellas? Probablemente, entre tanta gente que tomó los acuerdos, haya múltiples circunstancias que expliquen lo ocurrido; es duro pensar que nos gobiernan ingenuos o cínicos, pero en cualquier caso de lo que estamos seguros es que ni el cinismo ni la ingenuidad son buenas herramientas para gestionar el bien común.

Al contemplar la dinámica que se da estos años, y particularmente estos meses, con los objetivos del milenio, uno se queda con la impresión de encontrarse ante un sujeto que con una mano reparte puñaladas y con la otra reparte vendas diminutas. Por supuesto que las vendas son bienvenidas, y que algo hacen para restañar las

heridas, pero hay que afirmar que de nada sirven si seguimos recibiendo puñaladas. Al fin y al cabo, el hecho de que mueran diariamente 40.000 niños de hambre y enfermedades evitables, el hecho de que la mitad del mundo viva por debajo del límite de extrema pobreza, el hecho de que las mujeres sean explotadas, maltratadas y abusadas en el mundo del trabajo, el hecho de que enfermedades como el sida, el paludismo, o la malaria sigan cobrando víctimas,… todos estos hechos no son casualidad ni obra de una naturaleza ciega, sino que son el resultado (las puñaladas) que recibimos de la actuación de aquellos a quienes nosotros y nuestros dirigentes les permitimos acaparar los bienes de la tierra que son para todos.

La imagen de un individuo que reparte puñaladas y vendas a un tiempo puede parecer muy simplona y carente de sutileza, pero tiene la virtud de graficar el comportamiento del sistema de relaciones políticas y económicas en que estamos inmersos. Efectivamente, no se trata de dos sujetos diferentes, “bueno” y “malo”, sino que todas las acciones provienen del mismo sistema esquizofrénico, capaz de gran creatividad y esplendidez y al mismo tiempo hábil para el saqueo y el robo.

Un primer paso hacia la dignidad

¡Bienvenidos sean los objetivos del milenio!, pero no nos bastan; queremos y necesitamos más porqué… Toquemos otro aspecto: ¿Qué pasará si para el año 2015, por un extraño milagro, el mundo logra cumplir las metas propuestas? ¿Qué pasará con la otra mitad de indigentes que no saldrán de la extrema pobreza? ¿Qué pasará con el otro tercio de los niños condenados a muerte prematura? ¿Qué pasará con todas las niñas alfabetizadas que seguirán sufriendo violencia y abusos?...

Cuando miramos a quienes siguen quedando afuera, los objetivos del milenio que creíamos serían el gran logro de nuestra humanidad no pasan de ser el primer paso para restituir la dignidad a todos los seres humanos, y así restituir nuestra propia dignidad. Cumplir los objetivos del milenio no es más que el primer paso en la devolución a los pobres de lo que era suyo y que algunos han usurpado, con la connivencia de todos nosotros.

Mientras los grandes grupos económicos, las “superpotencias” mundiales, y los países desarrollados sigan aferrados a este reparto injusto de los bienes de la Tierra, y no se muestren dispuestos a devolver a las naciones y grupos pobres, el patrimonio común que usurpan y acaparan, seguiremos asistiendo al espectáculo de este demente que regala heridas y vendas a diestro y siniestro.

Por eso es necesario asumir nuestra propia responsabilidad: todos y todas somos de alguna forma, ese esquizofrénico a quien necesitamos sanar para que no siga repartiendo indignidad y muerte. Podemos comenzar por el gesto que suponen los objetivos del milenio, pero eso no basta.

Se dirá que al menos estos objetivos son “lo posible” y que “algo es algo”. Por supuesto, algo es algo, pero no es suficiente. Lo único que bastará es una mesa compartida en la que todos y todas quepamos sin discriminaciones ni rechazos; lo único que bastará es un medio ambiente sano y sustentable que legarles a nuestros

hijos y a los hijos de todos los que nunca han tenido nada. Lo único que bastará es que las mujeres no tengan que mendigar su dignidad, su salario, su reconocimiento como si fuera algo que los varones les pueden dar graciosamente. Lo único que bastará es que hayamos encontrado remedios accesibles a todos y todas para el sida, el paludismo…

Reclamar lo que parece imposible

Y claro, se dirá que esto es imposible, pero es que de eso se trata, de seguir la huella del Maestro, que se atrevió a soñar y proponer lo imposible. Alguien escribió en los muros de París, en mayo de 1968 una invitación: "seamos realistas, pidamos lo imposible". A nosotros hoy nos toca encarnar ese dicho y sentirnos convocados no sólo a pedir, sino a construir lo que parece imposible: el mundo de hermanos por el que vivió, murió y resucitó Jesús. Hoy nos toca reclamar lo imposible:

- En nuestra práctica cotidiana:

  Con ejercicios de sobriedad, de solidaridad, de compartir, de mutuo respeto.

- Ante los organismos políticos y económicos (gobiernos, empresas, municipalidades…).

  Exigiendo el cumplimiento, al menos, de las metas del milenio y promoviendo actuaciones públicas y privadas que superen esas metas.

- En las organizaciones e instituciones en que participamos (Escuelas, Iglesias, Clubes, partidos políticos, sindicatos…).

  Promoviendo prácticas de austeridad y solidaridad, la conciencia crítica ante lo que pasa en el mundo, y las iniciativas ejemplares de respeto, acogida y dignidad con todas las personas…

En donde sea y cuando sea:

Dando testimonio de que queremos los objetivos del milenio, pero que éstos no nos bastan.

Tenemos que seguir reclamando que no hay excusas, ni crisis económicas ni recesiones ni biocombustibles, ni patentes de medicinas y laboratorios, ni ninguna otra que puedan evitarnos la primera y principal responsabilidad: que todos quepamos con dignidad en esta tierra que es la que Dios nos ha regalado para todos y todas.

Nos mueve la utopía que movió a Jesús, aquélla que le hizo osado para invitar al joven rico: "vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres" (Lc. 18, 22). ¡Ojalá no nos pase a nosotros y a nuestros gobernantes aquello de "alejarse triste porque era muy rico" (Lc. 18, 23).

Rafa Perdomo
Santiago de Chile, diciembre 2008